

SUMAS QUE RESTAN*

Jorge R. Falla
Capítulo de Minas
Colegio de Ingenieros

Pese a los innegables avances en respeto a la institucionalidad democrática, vigilancia de los derechos humanos, reducción de la pobreza, e indicadores macroeconómicos, enfrentamos cotidianamente una ola de cuestionamientos y pasiones encontradas, menudean los rencores de larga y nueva data. Cunde por doquier el descrédito de personajes públicos e instituciones. En nuestra sociedad se habla de derechos sin considerar que tienen como contraparte y correlato un conjunto de obligaciones. Para gran parte de la población --y del espectro político-- el concepto de ciudadanía implica derechos, pero no deberes ni compromisos; esta es una grave omisión.

De tanto en tanto surgen voces que claman por una nueva Constitución Política, con un marcado énfasis en los procedimientos y derechos, inalienables e imprescriptibles, a ser consagrados. En países desarrollados de tradición democrática, el accionar de las fuerzas políticas se sustenta en consensos y acuerdos sobre el derrotero a seguir para construir una sociedad mejor. Los consensos y acuerdos son, precisamente, sinónimo de madurez y garantía de estabilidad en toda democracia moderna. Estas sociedades han construido un orden social (económico, político, cultural) a través de un proyecto nacional, de una visión que la sociedad comparte y hace suyo.

El punto de partida para la construcción de ese orden es el reconocimiento de las potencialidades del país, de su dotación de capitales (natural, social, humano). En un país mega-bio-diverso como el nuestro, dotado de ingentes recursos minero-energéticos, no hay un consenso sobre el rol de estas actividades para el desarrollo del país. Del cuero salen las correas, todos quieren canon, pocos quieren mina. No hay forma de seguir hacia adelante sin el combustible que hace avanzar a la locomotora en cuyos vagones viajamos todos los peruanos. Se olvida que las políticas de inclusión social se financian en gran parte con los ingresos generados por la actividad minera.

Seguir creciendo, y hacerlo con inclusión, supone no solo programas asistencialistas (para los sectores más necesitados), requiere además de una mayor diversificación económica, el crecimiento de los mercados internos, y seguir agregado valor a las exportaciones. La historia nos recuerda que la prosperidad de que gozan buena parte de los hoy países industrializados tuvo como punto de partida la producción y transformación de materias primas, metales y minerales en particular. La diferencia está en la forma en que el Estado usa los recursos fiscales obtenidos con la pujanza de las actividades extractivas, en llevar desarrollo a las zonas de producción minera.

Necesitamos un Estado que acompañe a la inversión en general, y a la minería en particular, con servicios de salud, educación, justicia, vialidad e infraestructura, un Estado que brinde prestaciones de calidad. Los insuficientes y esporádicos esfuerzos de comunicación de las empresas mineras, la incesante prédica del evangelio anti-minero y la ausencia del Estado en el Perú profundo contribuyen significativamente al clima de conflictividad que enfrenta la actividad minera. Las consecuencias del colapso del sistema

de partidos (caudillismo, fragmentación política, volatilidad electoral, disminución de la calidad de la representación, presencia omnisciente de los medios y poderes fácticos, democracia sin partidos) obligan a pensar en nuevas formas de hacer política y minería.

La suma de estos factores le resta competitividad al país en momentos que el mercado se acerca al campo y las brechas que nos separan de otros países de la región se acortan. La historia económica del Perú está marcada por la bonanza del guano y el salitre, el caucho, el petróleo, la harina de pescado y los minerales. El esfuerzo de los peruanos permitió al país salir de todas las diversas crisis que hemos afrontado. El país que emerge de estos años de buenos precios de las materias primas es cualitativa y cuantitativamente distinto.

Es demográficamente mas joven, económicamente mas acomodado, mas urbano que rural, culturalmente diverso, con una nueva clase media basada, ya no en el Estado, sino en el comercio y los servicios. Este país busca reconciliarse con su pasado, y hacerse de una identidad; requiere certezas y consensos. Urge fomentar un consenso sobre el rol de la minería, de lo contrario podemos perder el tren de la historia.

* El Ingeniero de Minas, Año XVII, No.83, Julio-Septiembre 2013, p.5